

1

La invisibilidad del indígena en medios de comunicación chilenos: escondiendo a los ancestros bajo la alfombra

Fernando Fuente-Alba Cariola, Carlos Del Valle Rojas

Resumen:

El tema indígena en Chile está cuestionado y estigmatizado por los medios de comunicación, la mayoría de las noticias donde los indígenas son protagonistas están asociadas a hechos delictivos y policiales propios de la reivindicación de territorios exigida por estas comunidades. Esta situación se da especialmente en zonas asociadas a lo que se llama el Wallmapu, territorio ubicado al sur del río Bío Bío, centro sur del país y que genera una frontera importante al interior del propio territorio nacional. Hoy dicha zona está marcada por la violencia y la militarización, asesinato de policías, agricultores, tomas de fundos, quemas de camiones, casas e iglesias marcan la agenda mediática, contribuyendo a un imaginario social de los pueblos originarios absolutamente negativo. Esta invisibilización mediática del indígena no hace más que acrecentar la brecha cultural, educacional, social y de bienestar entre los indígenas y el resto de los chilenos. En consecuencia, la pobreza se ha incrementado de manera evidente y también, el despojo de los recursos y la tierra ha puesto en peligro la continuación de la existencia de la cultura del pueblo mapuche.

Palabras claves:

Comunicación; Medios de Comunicación; indígenas; estigmatización.

Fuente-Alba Cariola, F., y Del Valle Rojas, C. (2024). La invisibilidad del indígena en medios de comunicación chilenos: escondiendo a los ancestros bajo la alfombra. En A. B. Benalcázar C. (Ed). *Ciencias Sociales Aplicadas y Humanidades sobre América Latina. Volumen II.* (pp. 17-29). Religación Press. <http://doi.org/10.46652/reliacionpress.189.c261>



Introducción

El indígena en Chile

Chile, al igual que otros países en América Latina como Argentina y Uruguay, desde hace varios siglos ha negado las identidades indígenas intentando hacer prevalecer al ‘blanco’, chileno, argentino o uruguayo, como el principal agente de la identidad nacional, minimizando la presencia de pueblos originarios en sus territorios. Dichos intentos de invisibilización constituyen una realidad poco reconocida por el pueblo chileno y por los diferentes gobiernos que han administrado el país. Situación que contrasta con las últimas cifras del INE entregadas en mayo del 2018 (Censo, 2017), donde 2 millones 185 mil 792 personas declaran pertenecer a algún pueblo originario o indígena en Chile, lo que corresponde al 12,8 por ciento de la población total. En el caso de Chile, son reconocidas 11 etnias indígenas en el país: Mapuche, Aimara, Rapa Nui o Pascuenses, la de las comunidades Atacameñas, Quechuas, Collas, Diaguita y Chango del norte del país, las comunidades Kawashkar o Alacalufe y Yámana o Yagán de los canales australes. Así lo establece la Constitución chilena de 1980 y la Ley 19.523, que promueve la protección y desarrollo cultural de estos pueblos originarios, de igual modo se establece el cuidado de sus tierras y salvaguardar una apropiada explotación, la cual asegure el equilibrio y el aumento de estas.¹

El pueblo originario predominante es el Mapuche con 1 millón 745 mil 147 personas, equivalente al 9,9 por ciento del total de la población chilena. Le siguen los Aymara con 156 mil 754 personas, mientras que los Diaguitas, por su parte, ocupan el tercer lugar en esta categoría con 88 mil 474 personas.

Claramente a la sombra de las cifras no se trata exactamente de una minoría, sino de más del 10 por ciento de la población chilena, por lo tanto, no estamos hablando de algo marginal, menor o un problema de unos pocos, si no de un tema que de una u otra manera es transversal a toda la población del país. La mayoría de los indígenas, de preferencia Mapuches, se concentran fuertemente en las regiones Metropolitana, del Bío Bío y Araucanía, estas dos últimas zonas consideradas el centro del conflicto histórico con el Estado de Chile durante las últimas décadas. La relación entre el chileno y el pueblo indígena es compleja y ha sido así desde el principio de la colonización. Regularmente marcada por interpretaciones y representaciones sociales de un lado y otro. Mientras el pueblo mapuche tiene una fuerte convicción del chileno –we ingka o wingka– como un tipo blanco del cual hay que desconfiar (Fuente-Alba & Cañete, 2019). En la otra vereda las opiniones son disímiles, “hay quienes piensan que los pueblos indígenas son gente ‘antigua’, que vive en armonía con la naturaleza, con culturas ancestrales inmutables, pero hay otros que piensan que esos pueblos representan atraso, pobreza, conflicto y violencia” (Bello, 2012, p. 227).

1 Constitución de la República de Chile, Ley 19.523, art. n°1 (1980).

Lo que no es discutible bajo ningún aspecto, es que los pueblos originarios están en una constante relación e intercambio cultural con el chileno. Habitan las ciudades y también los campos y zonas cordilleranas. Es esta interculturalidad la que presume la existencia de relaciones entre comunidades con culturas diferentes, bajo contextos históricos y políticos determinados. Así es como, de forma natural, reconocemos la existencia de un “otro” al decir “Mapuche”, “Aimará” o “chileno”. Sin embargo, el solo hecho de la existencia de una minoría y una mayoría evidentes –indígena y no indígena– implica que una tenga opiniones respecto de la otra (Snajder, 2015).

El proceso de la colonización en Latinoamérica dejó una huella de represión, despojo y discriminación en distintos pueblos indígenas de la región tal como el pueblo-nación mapuche, lo cual propició el “empobrecimiento, desplazamientos forzados, discriminación, difícil acceso a la justicia, entre otras experiencias vinculadas al despojo territorial y genocidio impuesto por las colonias en un principio y por los Estados nacionales con posterioridad” (Vargas, 2017, s/n).

La vida en un país latinoamericano está cada día más marcada por ese contexto intercultural, donde los grupos se relacionan influenciados por su historia e integración ancestral. Chile, en este sentido, tiene una historia compleja en este tipo de relaciones que ha marcado su existencia como nación. Un conflicto intercultural no resuelto que, si bien ha pasado por muchas y distintas etapas, aún sigue buscando encontrar salidas que beneficien a los actores involucrados: Estado, chilenos y pueblos originarios (Fuente-Alba & Cañete, 2019). “En términos generales, en Chile persisten representaciones e imaginarios sociales que guían de manera abierta o subyacente una parte importante de los discursos y prácticas interculturales, sobre todo en el mundo rural” (Bello, 2012, p. 227).

Frente a lo anterior, se ha observado en las últimas dos décadas que desde las comunidades *mapuche* afectadas ha emergido una activa reclamación del territorio -mediante la protesta social- así como de los derechos políticos, culturales y sociales que les atañen. (Vargas, 2017, s/n)

Con el levantamiento de las comunidades afectadas por las multinacionales que ocuparon sus territorios, también se alzaron otras demandas hacia el Estado chileno y que han sido repetidas gobierno tras gobierno, no importando la tendencia política del mismo.

Para los mapuche sometidos a la conquista militar e incorporación política por el Estado sin reconocimiento de su personalidad diferenciadora, la autonomía viene a representar la superación de la condición de minoría nacional oprimida y colonizada, a través de la obtención de un Estatuto de Autonomía para la región – en beneficio de toda la población regional– que garantice en el marco del territorio regional las condiciones políticas, económicas, sociales, culturales e ideológicas para un pleno desarrollo. (Marimán, 2017, p. 37)

El caso de México es grave también, ahí las culturas indias fueron estigmatizadas por los propios colonizadores. El estigma fue el de la inferioridad absoluta y la imposibilidad de crear un futuro propio.

A los ojos del colonizador nada había rescatable de las culturas indias: todo debía ser sustituido. No hubo ningún esfuerzo sistemático por conocer y valorar el patrimonio cultural de los pueblos indios, salvo empeños de estudio orientados a facilitar la destrucción de ese patrimonio. (Bonfil Batalla, 2004, p. 125)

En Chile, es a partir de 1993 con la promulgación de la Ley Indígena n° 19.253, que se establecen normas de protección, fomento y desarrollo de los pueblos indígenas y se asume la diversidad cultural, como el reconocimiento jurídico de las comunidades. Si embargo, a juicios de expertos, se trataría de un reconocimiento simbólico, puesto que no están las condiciones para generar un verdadero cambio en la situación de los pueblos originarios (Campos Muñoz, 2006). Ello, pues los programas de Gobierno, tanto el programa Orígenes como las iniciativas de la Corporación de Desarrollo Indígena, Conadi (1993), contribuyen, con una agenda etnodesarrollista y una mirada de minorías étnicas, a invisibilizar los saberes, las competencias y las formas de organización local que poseen las comunidades. Esto se agudiza más aún, pues en dichos programas los indígenas son vistos desde la óptica de los expertos, donde sociólogos, antropólogos, consultoras y servicios públicos buscan entender al indígena dominado. En la realidad, el programa Orígenes, financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo e impulsado por el gobierno chileno, tenía la finalidad de lograr una inclusión más democrática del mundo indígena, pero curiosamente no involucró a ese pueblo en el diseño de las bases técnicas, ni tampoco en la elección de la consultora, ni menos en el diseño y la ejecución de la investigación que formó parte del programa de Gobierno (Boccaro en Fuente-Alba & Cañete, 2019).

Así entonces, el Estado refuerza la jerarquía social del experto blanco sobre el indígena y sigue pensando el indigenismo sin los indígenas, a menos que estos últimos se incorporen, en posiciones dominadas, como nuevos etnoburócratas de estado o médicos indígenas con credenciales (Boccaro & Bolados, 2008, p. 191). Dichas políticas públicas que buscan rescatar al indígena, pero sin la participación del indígena como parte fundamental de su estructura, no son sólo recurrentes en Chile. Tienden a repetirse en diferentes países americanos, como es el caso del pueblo Rankulche en Argentina, donde se replican modelos de desarrollo indígena que sólo logran la invisibilización del pueblo originario (Lazzari, 2007).

Pero la figura del indígena no sólo debe ser analizada a través del prisma de la clase social. Existe una brecha gigantesca entre un sector indígena y otro no indígena, que atraviesa las fronteras de la salud, la educación y los ingresos familiares. Ya Antileo (2015), hace un par de años, y diferentes estudios asociados a medir la pobreza chilena, expresaban una distancia gigantesca entre un sector y otro. A juicio del autor, a pesar de las gestiones del

gobierno de turno, el nacer en una comunidad indígena en Chile es un fuerte predictor de pobreza y bajo acceso a oportunidades económicas. “En promedio, los hogares indígenas en Chile ganan menos de la mitad del ingreso que los no indígenas y 65% de los hogares indígenas se encuentran en los dos quintiles más bajos de la distribución del ingreso” (Agostini et al., 2010, p. 126).

¿Cómo acotar esta brecha?, ¿cuál es el puente social que permitirá la convivencia de un Chile integrado y unificado?, las respuestas a dichas interrogantes son inciertas y en una primera mirada parecen perderse entre políticas públicas y estériles esfuerzos de convivencia intercultural del Estado chileno. Sin embargo, existe un aspecto mediático que puede condicionar y por cierto ayudar a descomprimir el ambiente, creando una mejor predisposición para uno y otro sector. Es entonces cuando los medios de comunicación adoptan una posición protagonista en esta condición de crisis latente, pues quieren o no juegan un rol clave en la convivencia entre chilenos e indígenas, pues a diario y a cada minuto construyen realidad social y moldean estereotipos que pueden condicionar la recepción del mensaje, estigmatizando a un sector u otro y disponiendo una actitud negativa o positiva frente al “otro” involucrado. Así, por ejemplo, para algunos sectores conservadores, generalmente asociados a la propiedad de medios de comunicación y al poder económico, las movilizaciones mapuches significarían una clara violación del derecho de propiedad y amenazan la seguridad física de trabajadores forestales y dueños de predios, como la inversión en la zona (Vergara & Foerster, 2017). Mientras que, para medios asociados a la contrainformación, dichos grupos económicos han engañado y usurpado por décadas de la zona y constituyen una clara amenaza a la nación mapuche y a todas la forma de vida de sus ancestros y comunidades.

Los medios de comunicación y la representación social de la realidad

Ya Gerbner, en los años 70 con su teoría del cultivo, establecía que los medios pueden reforzar estereotipos presentes en el telespectador y “cultivarlos” (Gerbner, 1993; 2002), creando ciertas actitudes en el público televidente, que no siempre corresponden con el mundo real (Fuente-Alba & Cañete, 2019). Gebner va más allá, afirma que gran parte de lo que sabemos, ni siquiera lo hemos experimentado personalmente y que este conocimiento muchas veces se construye en base a lo que escuchamos, leemos o vemos en TV (Gerbner, 2002, p. 7). De hecho, hace varias décadas que existe cierto consenso respecto de la influencia social de los medios y la representación estereotipada de sectores específicos (Gerbner et al., 1996; Covert & Dixon, 2008).

Entonces a partir de esta óptica, los informativos de TV no sólo informan, quiéranlo o no, construyen realidades, historias y representaciones sociales en el televidente, dependiendo de la formación educacional, el aislamiento y el conocimiento cultural de cada persona. El tema de la objetividad periodística también es un problema a la hora de construir noticias y emitirlas a la comunidad. “La televisión, y los medios de comunicación en general, construyen la realidad pública según lo que ellos consideran que

son los intereses de los ciudadanos, pero no los problemas reales de éstos” (Cebrián, 2003, en Angulo, 2011, p. 55). Pero sin duda, esta realidad construida puede estar condicionada por elementos que muchas veces son ajenos a la realidad transmitida, esto es el rating, intereses políticos, económicos o muchas veces empresariales del propio dueño del medio.

No hay que olvidar que de las cinco estaciones de televisión abierta chilenas de cobertura nacional, una sola, TVN, es de carácter estatal o pública, aun cuando el directorio del canal se renueva con el gobierno de turno. Las otras cuatro restantes propiedad de poderosos grupos económicos nacionales e internacionales. En el caso de Mega propiedad del grupo nacional Bethia, que también posee otros medios como Etc TV y las radios Candela, Infinita, Tiempo y Romántica, además de múltiples inversiones en otros sectores productivos y económicos como el sector lechero, vivinicola, bancario y de transporte aéreo como Latam.

En el caso de Chilevisión propiedad de Turner Broadcasting System, grupo económico con sede en Estados Unidos y propietaria de un gran porcentaje de la programación que se ve en toda Latinoamérica y América del Norte a través del cable y satélite, destacando entre sus inversiones la propiedad de CNN, TNT, TCM, Tru TV, TBS, Cartoon Network, Boomerang, NBA TV, CDF, JNN y Tokio Broadcasting System entre varias plataformas de información y comunicación.

Canal 13, en tanto, que desde los comienzos de la televisión en Chile fue propiedad de la Universidad Católica de Chile, ahora es propiedad en un 100 por ciento del grupo de inversiones Luksic que además de múltiples inversiones en el sector minero, productivo y bancario, también es propietaria de varios medios de comunicación, destacando canal 13C, Rec TV, 13.cl, T13 Radio, Play FM, Sonar FM, Oasis FM, y las radios digitales Horizonte y Top. Ya en el caso de La Red, el más pequeño de los canales de TV abierta en Chile, es propiedad del grupo mexicano-guatemalteco de inversiones Albavisión, que opera 45 estaciones de televisión y 70 emisoras de radio distribuidas en más de 15 países de diferentes continentes.

De esta manera, transparentando la propiedad de los medios en Chile es difícil abstraerse de lo intrincado de las redes de inversión que potencialmente pueden manipular la objetividad de la información que surge en los medios en pro de distintos intereses económicos para uno u otro sector. Qué estamos viendo, qué estamos escuchando y qué estamos leyendo, básicamente lo que quieren los grupos económicos dueños de los medios de comunicación en Chile. De esta manera y tomando en cuenta los intereses que confluyen la información en Chile, es muy inocente pensar en una objetividad real de la información que llega día a día a la pantalla de celulares, computadores y televisores de millones de chilenos. Lo peor es que claramente la balanza está inclinada hacia el chileno, peyorativamente indicado como Winka (ladrón usurpador) y no hacia el de los indígenas que escasamente tienen un par de medios digitales de poco alcance y menor impacto.

La visión de que los medios influyen en la realidad que creemos percibir no es algo nuevo en términos de estudio. Más aún, la vinculación de dichas investigaciones con las

comunidades étnicas minoritarias y la creación de estereotipos por parte de los medios es un tema recurrente entre los investigadores (Dijk, 1997, 2005, 2005, 2010; Martínez Lirola 2006, 2008, 2010, 2013), especialmente pues:

la aceptación o no de la diversidad cultural por parte de la opinión pública se encuentra condicionada, generalmente, por el rol que juegan los medios masivos de comunicación social, a través de la transmisión y re-creación de imágenes o representaciones sociales de los grupos étnicos minoritarios. (Sáez Gallardo, 2018, p. 77)

Lo anterior es aún más grave si se considera la visión teórica de Gebner, ya planteada en párrafos anteriores, quién afirma que gran parte de lo que sabemos, ni siquiera lo hemos experimentado personalmente y que este conocimiento muchas veces se construye en base a lo que escuchamos, leemos o vemos en TV. Es decir, nuestra visión de la realidad es construida (Berger y Luckmann, 1983) en parte importante por los medios de comunicación y dicha construcción muchas veces está basada en un sesgo informativo que nubla visión de lo real.

Ya Maraón y Muñiz se refieren en extenso al tema de la realidad construida por la TV, manifestando que la televisión muchas veces busca apoyar necesidades, ideologías y valores existentes en los públicos masivos, adquiriendo así el receptor su identidad gracias a la exposición a estos mensajes (Maraón & Muñiz, 2012). Así entonces, la televisión puede potencialmente reforzar y crear realidades absolutamente estereotipadas, ya sea manteniendo los estereotipos conocidos del indígena, aceptados por el común de la población, o bien creando otros nuevos (Muñiz et al., 2014). Más aún cuando la TV y en especial los informativos centrales tiene un alto índice de credibilidad frente a otros medios, especialmente pues existe una persona en pantalla que transmite un mensaje mirando a los ojos, a través de la cámara, al televidente.

En el fondo, lo esencial no es tanto lo que me dice o las imágenes que se muestran (que a menudo recibo de manera distraída), lo esencial es que esté (el conductor del informativo) todas las tardes y que me mire a los ojos. (Verón, 2001).

Respecto a la agenda de medios, también llamada Agenda Setting, resulta relevante detenerse en contestar qué es noticia para los medios y de ahí reflexionar en torno a qué es noticia para la televisión en particular, para la radio o para la prensa escrita, pues claramente no siempre una noticia puede ser multimedialmente distribuida, los soportes, públicos y estructura del mensaje periodístico son distintos, también los públicos y la recepción del mensaje. Hay una variación en la forma, pero también en las fuentes y en la construcción de testimonios periodísticos que realcen la noticia. Más aún si se toma en cuenta el público al que va dirigida y quiénes comunican del evento, pero por sobre todo qué características tiene la noticia en su estructura que le garantizan cierto grado de objetividad. Ya lo destaca Carlos del Valle:

El tema de la objetividad periodística, también es un problema a la hora de construir noticias y emitirlas a la comunidad. Las horas de cierre y la premura de la información muchas veces transforma el informar correctamente en una repetición de comunicados o notas con muy pocas fuentes que garanticen la objetividad de la información. (Del Valle, 2005, p. 84)

Gaye Tuchman, en tanto, hace 20 años lo consideraba: “los periodistas deben ser capaces de invocar algún concepto de objetividad, para procesar hechos de la realidad social” (Tuchman, 1999, p. 199). Según Tuchman existen algunas estrategias básicas para lograr informar con objetividad las noticias: La presentación de las posibilidades en conflicto; la presentación de una evidencia sustentadora, el uso juicioso de las comillas colocar en boca de otras fuentes algo que tendería a objetivar y finalmente estructurar la noticia en una frase apropiada (1999). Dicha objetividad adquiere un rol trascendente en la información de aquellas noticias que se relacionan con el pueblo mapuche y esto no es algo antojadizo, el cómo se refieren a los miembros de las comunidades de por sí puede resultar muchas veces peyorativo o excluyente del resto de la sociedad. El uso del lenguaje parece adquirir un rol que muchas veces va en contra de la premura por el golpe periodístico, será entonces función del editor del medio cautelar el buen uso de la palabra en un afán integrador y no excluyente.

Mariano Cebrián, en tanto, en el año 2003 se refería a la forma en cómo se desarrolla la televisión comercial, concretamente su programación generalista y, dentro de ella, los informativos. Aludiendo a que existe una subversión de los valores de la realidad y de los intereses y preocupaciones de los ciudadanos. “La televisión, y los medios de comunicación en general, construyen la realidad pública según lo que ellos consideran que son los intereses de los ciudadanos, pero no los problemas reales de éstos” (Cebrián, 2003, en Angulo, 2011, p. 55).

La televisión “crea y refleja imágenes, opiniones y creencias; busca sostener las necesidades, ideologías y valores existentes en los públicos masivos, adquiriendo así el receptor su identidad gracias a la exposición a estos mensajes” (Marañón & Muñiz, 2012, p. 80). De esta manera, la televisión se convierte en un agente importante para la construcción de realidad, reforzando o creando realidades estereotipadas. De hecho, “la fuerte influencia que tiene la televisión para una gran parte de la población puede contribuir al proceso de la estereotipación, ya sea manteniendo los estereotipos del indígena socialmente aceptados o transmitiendo nuevos estereotipos” (Muñiz, Marañón & Saldierna, 2014, p. 287).

En dicha representación de la realidad, la TV y sus noticieros corren con ventaja respecto a su credibilidad, si se le compara con otros formatos informativos como la prensa escrita y la radio, lo que refuerza la importancia del presente estudio. Según Verón (2001), el solo hecho que exista un conductor en cámara o un periodista en un directo que mire a los ojos al receptor –a través de la cámara– simetriza su relación con el destinatario, esto ocurre pues, [...] el enunciador construye su credibilidad. La apuesta del contacto es

la del acercamiento o del alejamiento, la de la confianza o la de la desconfianza. En el fondo, lo esencial no es tanto lo que me dice o las imágenes que se muestran (que a menudo recibo de manera distraída), lo esencial es que esté todas las tardes y que me mire a los ojos (Verón, 2001, p. 37).

¿Qué es un estigma?, ¿se puede estigmatizar a través de la TV? El estigma, palabra de origen griego está relacionada con un signo corporal que tenían algunas personas y que, a juicio de la población de la época, expresaban algo negativo o poco habitual del portador. Generalmente eran cicatrices o llagas producto de cortes, quemaduras naturales hechas por alguien, que buscaban comunicar algo específico de carácter negativo respecto de aquel individuo. Generalmente anunciaban que el portador era un esclavo, un ladrón o un traidor. Según Erving Goffman y su obra “Estigma, la identidad deteriorada” (2008), si bien desapareció la costumbre de marcar a un individuo como si se tratase de un animal, el sentido de la palabra sigue ocupándose habitualmente, con la finalidad de destacar un rasgo o una característica que lo desacredita en determinadas situaciones sociales (Goffman, 2008). El estigma, desde esta perspectiva, nos determina negativamente frente a una persona que tiene este rasgo o característica. Ello a pesar de las virtudes que dicha persona pudiese tener, pues dicho estigma anula todos sus atributos.

Desde la mirada de Goffman, ¿los pueblos originarios son estigmatizados en Chile?, los antecedentes históricos indican que sí, desde instrumentos ideologizados como los libros escolares, hasta las políticas públicas de no mucho tiempo atrás. De hecho, el historiador José Bengoa ya lo destacaba, esta discriminación también se da en la formación escolar a través de los libros de historia que se encargan de acrecentar la diferencia entre la civilización y la ‘barbarie’, cuestión que también se dió en gran parte de Latinoamérica con sus respectivos pueblos originarios (Bengoa, 2007). Dicha repetición, dice Bengoa, fue formando las sensibilidades comunes de la población criolla respecto a las poblaciones indígenas. “El indio es flojo, no sabe trabajar, es borracho, no tiene aspiraciones mayores [...], esa concepción moral da permiso para explotar al indio, para quitarle sus tierras, para hacerlo trabajar de sol a sol” (Bengoa, 2007, p. 195). La identidad chilena se consolidó durante cientos de años, minimizando las raíces indígenas y privilegiando las raíces europeas del conquistador. “Aunque culturalmente el bravío mapuche que resistió la invasión española e incluso asesinó al primer conquistador fuese reivindicado en ocasiones, socialmente se le estigmatizó, discriminó y excluyó” (Waldman en Fuente-Alba & Cañete, 2019)).

De hecho,

...el discurso criollo, sustento de la identidad nacional, se construye ya no a partir de una visión positiva del guerrero araucano, sino a partir de una visión del indígena como alguien flojo, borracho, sensual, apegado a la naturaleza y carente de un sistema religioso estructurado. (Waldman, 2004, p. 100)

Dicha estigmatización del pueblo originario también alcanza a la prensa masiva que centra sus noticias en aspectos negativos y policiales, “criminalizando sus luchas

en defensa de sus derechos y asociadas a acciones tendientes a recuperar sus tierras, sin embargo, cuando son reprimidos, minimizan completamente la situación” (De la Fuente, 2008). El caso del asesinato-acribillamiento del comunero mapuche Camilo Catrillanca por parte de funcionarios de Carabineros de Chile en Ercilla, Región de la Araucanía. Noticia ampliamente divulgada por los medios de comunicación en noviembre del 2018, es un ejemplo claro de la criminalización de la acción, sin tener ninguna prueba concreta del hecho delictual y asociando la muerte y ajusticiamiento del joven Catrillanca a un robo de vehículos. Situación que con el pasar de las semanas cambiaría drásticamente con la revelación por parte de portales independientes, de videos donde se prueba el actuar deliberado de funcionarios de Carabineros y el disparo por la espalda al mapuche, sin existir balaceras cruzadas o intercambio de disparos como habría manifestado la autoridad en un principio.

Basados en ello, dice Goffman (2008, p. 14), se construye una teoría del estigma, una ideología que explica su inferioridad respecto de “los normales” y da cuenta del peligro que representa dicha persona. Valiéndonos de este supuesto, se practican diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos sus posibilidades de vida. Desde esta perspectiva, el indígena desde que es mapuche hereda diferentes estigmas e invisibiliza muchísimas de sus condiciones. En consecuencia, es probable que cuando alguien esté frente a un mapuche, lo tienda a encasillar en una categoría específica, con particularidades claras, pero también con estigmas. Dicha fusión construye lo que Goffman define como “identidad social virtual”. Existiendo también una “identidad social real”, que es aquella demostrable según la categoría de la persona y sus atributos reales.

La identidad del chileno se consolidó durante cientos de años, minimizando las raíces indígenas al punto de invisibilizarlas y privilegiando las raíces europeas del conquistador. Desde esta perspectiva, el indígena desde que nace en una comunidad es portador de diferentes estigmas e invisibiliza muchísimas de sus condiciones, valores y atributos. En consecuencia, todo al indígena le costará más, pues a ojos de la sociedad no indígena es portador de una marca, de una condición impuesta..., de un estigma social. Dicha condición construye lo que Goffman define como “identidad social virtual”, que es contraria a la “identidad social real” (Goffman, 2008, p.14) que es aquella demostrable y que expresa los atributos reales de la persona y a la que quiere aportar este estudio con sus resultados.

Referencias

- Agostini, C., Brown, P., y Roman, A. (2010). Estimando Indigencia y Pobreza Indígena Regional con Datos Censales y Encuestas de Hogares. *Cuadernos de economía*, 47(135), 125-150.
- Angulo, L. (2011) Análisis de contenidos del noticiero de RCN de Colombia desde la perspectiva de la comunicación, el conflicto y el desarrollo. *Oikema*, 1(1), 51-74.

- Antileo, E. (2015). Trabajo racializado. Una reflexión a partir de datos de población indígena y testimonios de la migración y residencia mapuche en Santiago de Chile. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, (4), 71-96.
- Bello, A. (2013). Las relaciones interculturales interpersonales: Una mirada comparativa en Durston. En J. Durston, (ed). *Pueblos Originarios y sociedad nacional en Chile: La interculturalidad en las prácticas sociales* (pp. 227-247). Salesianos Impresores.
- Berger, P., y Luckmann, T. (1983). *La construcción social de la realidad*. Editorial Amorrortu.
- Bengoa, J. (2007). *La emergencia indígena en América Latina*. Editorial F.C.E.
- Bocara, G., y Bolados, P. (2008). ¿Dominar a través de la participación?: El neoindigenismo en el Chile de la posdictadura. *Memoria americana*, 16(2), 167-196. <https://bit.ly/2QobEU0>.
- Bonfil, G. (2004). Patrimonio cultural inmaterial: Pensar nuestra cultura. *Observatorio Latinoamericano de Gestión Cultural*. 1(1), 117-134. <https://bit.ly/2NmdwUI>.
- Censo Chile. (2017). *Proyecciones y estimaciones de población*.
- Covert, J., y Dixon, T. (2008). A changing view: Representation and effects of the portrayal of women of color in mainstream women's magazines. *Communication Research*, 35(2), 232-256. <https://doi.org/10.1177/0093650207313166>
- Del Valle, C. (2005). Interculturalidad e intraculturalidad en el discurso de la prensa: Cobertura y tratamiento del discurso de las fuentes en el conflicto indígena mapuche, desde el discurso político. *Revista De Estudios Para El Desarrollo Social De La Comunicación*, 1(2), 83-111.
- Dijk, T. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Editorial Paidós Ibérica.
- Dijk, T. (2005). Nuevo racismo y noticias. Un enfoque discursivo. En M. Nash, R. Tello, y N. Benach, (ed.). *Inmigración, género y espacios urbanos. Los retos de la diversidad* (pp. 33-55). Edicions Bellaterra.
- Dijk, T. (2006). Discurso de las élites y racismo institucional. En M. Lario, (ed). *Medios de comunicación e inmigración* (pp. 15-34) Editorial CAM-Obra Social.
- Dijk, T. (2010). Análisis del discurso del racismo. *Crítica y Emancipación*, II(3), 65-94.
- Fuente-Alba, F., y Cañete, D. (2019). Estigmatización social mapuche en Bio Bio, Chile. La realidad construida por los informativos de TV. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, 0(138), 191-209. <http://dx.doi.org/10.16921/chasqui.v0i138.3584>
- Gerbner, G. (1993). *Window Dressing. Women and Minorities in Television*. Editorial University of Pennsylvania.
- Gerbner, G., Gross, L., Morgan, M., y Signorielli, N. (1996). Crecer con la televisión: perspectiva de aculturación. En J. Bryant, & D. Zillmann, (eds.) *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías* (pp. 35-66). Editorial Paidós.
- Gerbner, G. (2002). *Against the Mainstream: The Selected Works of George Gerbner (Media and Culture)*. Edición Peter Lang Pub Inc.

- Goffman, E. (2008). *Estigma, la identidad deteriorada*. Editorial Amorrortu.
- Lazzari, A. (2007). Identidad y fantasma: situando las nuevas prácticas de libertad del movimiento indígena en La Pampa. *Quinto sol*, (11), 91-122. <https://bit.ly/2y6quqP>
- Marañón Lazcano, F., y Muñiz, C. (2012). Estereotipos mediáticos de los indígenas. Análisis de las representaciones en programas de ficción y entretenimiento de televisoras en nuevo león. *Razón y Palabra*, 17(80), 01-24. <https://bit.ly/2IwYFN7>
- Muñiz, C., Marañón, F., y Saldierna, A. (2014). ¿Retratando la realidad? Análisis de los estereotipos de los indígenas presentes en los programas de ficción de la televisión mexicana. *Palabra Clave*, 17(2), 263-293. <https://bit.ly/2IA9MVi>.
- Sáez, J. 2018. El racismo discursivo en la prensa escrita: una mirada teórica desde el Análisis Crítico del Discurso y la Sociología de los medios. *Zer*, 23(45). 75-94. <https://doi.org/10.1387/zer.19995>
- Sznajder, M. (2015). El problema mapuche en Chile. *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 5(2). 85-94. <https://bit.ly/2NVJMd7>.
- Vergara, J., y Foerster, R. (2017). Permanencia y Transformación del Conflicto Estado-mapuches en Chile. *Revista Austral De Ciencias Sociales*, (6), 35-46. <https://bit.ly/2Qorluw>.
- Verón, E. (2001). *El cuerpo de las imágenes*. Editorial Norma.
- Zañartu, N. (2017). Identidad étnica, discriminación percibida y procesos afectivos en jóvenes mapuches urbanos. *Revista Cuhso*, 27(2). <http://dx.doi.org/10.7770/cuhso-V27N2-art1226>

The invisibility of the indigenous in Chilean media: Hiding the ancestors under the carpet

A invisibilidade dos indígenas na mídia chilena: Varrendo os ancestrais para debaixo do tapete

Fernando Fuente-Alba Cariola

Universidad Católica de la Santísima Concepción | Concepción | Chile | ffuentealba@ucsc.cl
<https://orcid.org/0000-0002-4316-5097>

Carlos Del Valle Rojas

Universidad de la Frontera | Temuco | Chile | carlos.delvalle@ufrontera.cl
<https://orcid.org/0000-0002-9905-672X>

Abstract

The indigenous issue in Chile is questioned and stigmatized by the media; most of the news where indigenous people are protagonists are associated with criminal and police acts related to the territorial claims demanded by these communities. This situation occurs especially in areas associated with what is called the Wallmapu, a territory located south of the Bío Bío River, in the center-south of the country and which generates an important border within the national territory itself. Today this area is marked by violence and militarization, murder of police, farmers, seizures of farms, burning of trucks, houses

and churches mark the media agenda, contributing to an absolutely negative social imaginary of the native peoples. This media invisibilization of indigenous people only increases the cultural, educational, social and welfare gap between indigenous people and the rest of Chileans. Consequently, poverty has clearly increased and also, the dispossession of resources and land has endangered the continued existence of the Mapuche people's culture.

Keywords: Communication; Media; indigenous; stigmatization

Resumo:

A questão indígena no Chile é questionada e estigmatizada pela mídia; a maioria das notícias em que os indígenas são protagonistas está associada a atos criminosos e policiais relacionados às reivindicações territoriais exigidas por essas comunidades. Essa situação ocorre especialmente em áreas associadas ao que é conhecido como Wallmapu, um território localizado ao sul do rio Bío Bío, na parte centro-sul do país, que cria uma importante fronteira dentro do próprio território nacional. Hoje essa área é marcada pela violência e militarização, o assassinato de policiais, fazendeiros, a tomada de fazendas, a queima de caminhões, casas e igrejas marcam a agenda da mídia, contribuindo para um imaginário social absolutamente negativo dos povos nativos. Essa invisibilização dos povos indígenas pela mídia só aumenta a lacuna cultural, educacional, social e de bem-estar entre os povos indígenas e o restante dos chilenos. Como resultado, a pobreza aumentou claramente e a desapropriação de recursos e terras colocou em risco a existência contínua da cultura do povo mapuche. Palavras-chave: Comunicação; mídia; povos indígenas; estigmatização; estigmatização.